

A Clara Pueyo.

Escrito por Carolina Plata

Clara, apoyada en el balcón, se vuelve, mira hacia la cámara y ríe. Es joven, morena, tiene el pelo corto y lleva puesta una blusa blanca que le deja los hombros al descubierto. Mientras alguien la graba, ella hace como que está distraída, se toca las manos, luego el brazo y vuelve a apoyarse en el balcón. Clara Pueyo, militante del partido comunista español, se fugó de la cárcel de Les Corts el verano de 1943. Por entonces ella tenía 29 años. Vuelvo a mirar a la chica del balcón y ahora ella me parece más joven que Clara, más delgada. Incluso me pregunto si Clara alguna vez tuvo el pelo corto o vistió una blusa blanca.

Ella se fugó por la puerta grande de la prisión provincial de mujeres de Barcelona, luego, desapareció. La Guerra Civil Española hizo que muchos vivos dejaran incluso de ser muertos, nadie recuerda a Clara, o tienen un recuerdo vago de ella. Carolina Astudillo ha recreado un reencuentro con ella a la medida de su ausencia, si los muertos son incómodos, saquemos a los otros vivos. Astudillo recrea la memoria de esta España de la postguerra, a través de un montaje de películas familiares de la burguesía catalana. Este no es un documental de archivo, es un recuerdo colectivo de Clara.

El juego del anonimato de estas mujeres y el posterior vínculo afectivo con Clara se lleva a cabo a través del cuerpo: de la distancia de las partes, al primer plano de sus rostros. Los cuerpos de las mujeres de este cine casero deambulan por las ciudades, son fragmentados y atravesados por una mirada áspera, son mujeres grabadas por hombres. Si en la clandestinidad se renuncia a la vida privada, al propio yo, el documental renuncia a la imagen de Clara. Al final hasta yo busco desesperada, entre todas las piernas, brazos y rostros, entre todas ellas, a Clara.

Vuelvo a ver la secuencia final. Un grupo de jóvenes juegan en la orilla de una playa, y ya en otro plano, todos juntos suben unas rocas. Me viene a la cabeza la desaparecida Anna de Antonioni. Cuando la cámara pasa de las rocas al mar, y otra vez a las rocas, Anna ya no está, el momento clave de la desaparición no interesa, Antonioni no fuerza la imagen, la deja estar. Al igual que él, Carolina Astudillo hace un vaciado narrativo y Clara Pueyo, como Anna, sale de plano sin hacer ruido.

De ella nos quedan las cartas que escribió, las más políticas escritas en castellano, las de amor en catalán. La voz en off de María Cazes, que lee a Clara en catalán, crea un silencio provocador, y hasta parece clamar la memoria de esta España sombría que ni a la muerte le cierra la puerta. Manuel, uno de los amantes de Clara, fue liberado el mismo año que ella se fugó de la prisión, pero nunca volverán a encontrarse. Ya lo dice ella, aquellos tiempos eran incómodos para querer a alguien. Entonces se me ocurrió, para seguir este juego de identidad colectiva, reescribir sus cartas desde este tiempo, para incitar cualquier encuentro.



Me he considerado siempre una mujer firme y equilibrada.



te sorprendería ver como la guerra me ha transformado.



¿Puedo perdonarla yo a esta sociedad?



He aquí mi tragedia.



Y siento los nervios desechos dañados con la lucha diaria.



¿Amigo...amigo...también tú me dejarás sola?



He vivido totalmente para los demás.



Otra pequeña tragedia todavía.



No poder nunca abandonarme a ese pequeño placer,



de sentirse débil, y de buscar el apoyo de alguien



que te descanse.



Durante la guerra he escrito mucho, incluso muchísimo.



Te espero ahora y tampoco vendrás.



tu corazón se negará a escucharme.



¿Sabes acariciar?

¿Sabes acariciar?



*Sé que tarde o temprano
llegará aquél que*

Sé que tarde o temprano llegará aquél que



romperá mi ascetismo de ahora.

romperá mi ascetismo de ahora.



Querría que fueras tú y te temo.



¿Te quiero?



No lo sé aún.



y tú no has venido.





Clara.